

# La hora de la solidaridad y la esperanza



Todos sabemos que la exclusión y la marginalidad siguen siendo una realidad viva que interpela nuestra conciencia personal y comunitaria. Sin dudas, ha llegado el momento de actuar.

Los que comemos, nos educamos, vivimos en una casa confortable y no padecemos necesidades básicas insatisfechas, estamos desafiados por el Evangelio y por la cruda realidad de nuestros hermanos. Ese desafío consiste en poner nuestra vida en dimensión de servicio teniendo presente, en lo concreto, a quienes viven en condiciones de indignidad. Pienso también que aquellos que con aciertos o errores han puesto tanto empeño por encauzar en lo económico la sociedad, las empresas o los sindicatos, deben poner al menos el mismo empeño por encarar con audacia la cuestión social.

Es bueno alentar el debate sobre estas cuestiones, evitando la violencia, incluso verbal, porque ante la urgencia de estos problemas es necesario tener más luz y abrir nuevas pistas. En este sentido la Iglesia debe propiciar los encuentros de pensadores y los grupos de trabajo con los representantes de las diversas posturas sociales, culturales y políticas.

## Tiempo de pensar y hacer

Es tiempo de reflexión y discernimiento no pasivo, sino activo. Tiempo de volver a preguntarnos y de preguntarle al Señor qué nos está pidiendo, qué tenemos que hacer o dejar de hacer, personal o comunitariamente.

Un tiempo no sólo de condenar la exclusión, la corrupción, la división; sino de plantear propuestas, alternativas. Sobre todo es un tiempo para crecer en la esperanza, porque si los problemas son grandes, más dilatada tiene que ser nuestra evangélica capacidad de afrontarlos y nuestra esperanza cristiana. Esto no es una invitación a sentirnos omnipotentes, para nada, con dureza la realidad suele mostrarnos nuestros límites y lo poco que a veces se puede hacer. Pero lo importante es ver que siempre se puede hacer algo y ese algo, por pequeño que sea, debe continuar. Cuando comenzamos a hacer humildemente ese poco, descubrimos que podemos hacer mucho más.

## Educar, un camino de inclusión social

Para terminar estas líneas, sugiero un tema que debe ser especialmente importante en nuestro trabajo social en estos tiempos: la educación de los pobres. En este acudir de los pobres a la Iglesia y en esta misión que necesariamente ella debe asumir, lo primero es la dimensión testimonial: estar al lado de los pobres, sentir con ellos, actuar con ellos, a través de una real solidaridad.

Pero esto no alcanza. Si la sociedad futura, como vemos y sabemos, será la sociedad del saber, Caritas deberá asumir una gran tarea educativa. Quizás podemos ampliar este concepto y decir que la Iglesia toda va a estar frente al desafío de presentar la Evangelización como una gran tarea de educación.

En Caritas tenemos muy en claro la importancia de la capacitación social y técnica, tanto en el nivel nacional, como en el diocesano y parroquial. Evidentemente, sin el espíritu de conversión esta capacitación nos transforma en un ministerio de acción social o de educación, pero animados por el Evangelio, nos hace Iglesia. Como Iglesia, no podemos decir que estamos para ser testigos sólo con la palabra o que podemos renunciar al intento de inventar todos los modos posibles de hacer más efectiva nuestra solidaridad.

Hoy la solidaridad en la Argentina debe concretarse fundamentalmente en propuestas y acciones educativas. El debate abierto en torno de la futura Ley de Educación marcó un momento muy propicio para que la Iglesia y otras instituciones puedan lograr que la educación sea el mejor camino que recorramos los argentinos para "incluir" a los excluidos.

La idea de tener buenas escuelas para los pobres, gracias a Dios, está empezando a florecer, aunque de un tímido modo y las iniciativas deben multiplicarse, pero esto ya es un comienzo.

Pidámosle al Espíritu Santo, que continuamente renueva a la Iglesia con la variedad de sus dones, que nos regale aquello que estemos necesitando para encontrar soluciones solidarias y creativas para este momento difícil y apasionante de la historia que nos toca vivir.

Con mi afecto y bendición,

Jorge Casaretto, Obispo de San Isidro

